

el día que empezó la guerra fría

por Juan Aldebarán

Una enorme, pesada, extraña capa azul, más de vampiro de Transilvania que de español del Sur, había caracterizado al Presidente Roosevelt durante la Conferencia de Yalta. Había tratado de conseguir un cierto aspecto marcial para posar en la fotografía conmemorativa entre el correcto uniforme de mariscal de Stalin y el relativamente fantástico de Churchill, estilo Humpty Dumpty, más ahuevado que nunca, tocado con un gorro de astrakán. Un par de meses más tarde, la pintora Mrs. Shoumattof quiso pintar un retrato del Presidente con aquella misma capa. Era el 12 de abril de 1945. Roosevelt descansaba en casa de sus primos, en Warm Springs. Se había levantado tarde, después de haber leído el periódico local —el mal tiempo impidió al avión correo llevar la prensa nacional y los documentos presidenciales— y unos párrafos de una novela de John Dickson Carr. Roosevelt, sentado en el cuarto de estar, con la capa sobre los hombros, se quejaba de dolor de cabeza. Encendió un cigarrillo, lo colocó en una boquilla y fumó pensativamente. De pronto llevó una mano a la nuca y dijo: «Tengo un terrible dolor de cabeza». Cerró los ojos, dejó caer la cabeza sobre el hombro izquierdo y quedó en silencio. Creyeron que estaba dormido y le dejaron descansar. A los veinte minutos se dieron cuenta de que había algo anormal. Cuando llegó el médico diagnosticó hemorragia cerebral. Dos horas después había muerto.

«MUCHACHOS RECEN POR MÍ»

El vicepresidente Harry Truman tomaba un whisky con Sam Rayburn, en su propia oficina de la Casa Blanca. Le llamaron por teléfono para que subiera al estudio de la señora Roosevelt, en el segundo piso. Fue ella quien le dio la noticia: «Harry, el Presidente ha muerto». Quedó mudo. Casi inmediatamente prestó juramento como Presidente: la ceremonia se celebró dos horas y media después de la muerte de Roosevelt.

Al día siguiente recibió a los periodistas: «Muchachos, si alguno de ustedes reza alguna vez, que rece ahora por mí. No sé si alguno de

ustedes ha sentido caer alguna vez sobre sus espaldas un vagón cargado, pero cuando me dijeron ayer lo que había sucedido, sentí como si la Luna, las estrellas y todos los planetas hubiesen caído sobre mí». Truman todavía cultivaba el estilo simple y pintoresco con que había soportado la Vicepresidencia. Cuando, en la Convención, se le ofreció la Vicepresidencia, sintió como una especie de náusea y pidió que encargasen a otro —concretamente, a Byrnes—. No lo consiguió y tuvo que instalarse en ella con una especie de resignación tranquila. Consistía en no hacer nada. En organizar partidas de bridge para su esposa y promover la carrera de cantante de su hija Margaret; en fotografiarse tocando al piano el «Vals de Missouri», con Lauren Bacall sentada en el mismísimo piano.

Pero cuando presidió por primera vez la reunión de los ministros, sentado en el sillón que Roosevelt había ocupado durante doce años, su tono fue firme y sus decisiones rápidas. Cuando alguien insinuó que debería suspenderse la Conferencia de San Francisco —donde se iba a fundar la O.N.U.—, Truman no dejó hablar a nadie: «Hay que celebrarla en su fecha. Es de una importancia capital». Después pronunció unas cuantas palabras para manifestar que, aunque pretendía continuar la política de Roosevelt, tendría que hacer algunos cambios en el Gabinete. Truman se había transfigurado. Algunos filósofos pretenden que siempre pasa así, y que ese es el milagro de la democracia. Cuando los ministros se fueron, uno solo se quedó rezagado. Era Stimson, secretario de Guerra: su misión era poner al corriente a Truman de la existencia de la bomba atómica. El vicepresidente lo ignoraba todo del proyecto. Unos meses después, Truman, investido de esa nueva personalidad, daría sin vacilar la orden de arrojar las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki.

«HA CAIDO UN TELON DE ACERO»

¿Cambió la historia del mundo el día que murió Roosevelt? La mayor parte de los historiadores modernos, y muy particularmente la escuela liberal de los Estados Uni-



La Conferencia de Yalta (arriba) y la de Postdam (abajo). Truman ha sustituido a Roosevelt. El Presidente del "New Deal" murió el 12 de abril de 1945. A la capa azul, de vampiro de Transilvania, con la que Roosevelt trataba de conseguir un extraño aspecto marcial entre el correcto uniforme de mariscal de Stalin y el relativamente fantástico de Churchill, sucedía el traje de "Mister Ciudadano". Truman cultivaba el estilo simple y pintoresco con que había soportado la Vicepresidencia. ¿Cambió la historia del mundo el día que murió Roosevelt.



dos, señalan exactamente esa fecha como la del principio de la guerra fría.

Exactamente once días después de su toma de poder, el Presidente Truman dijo que «si los rusos no cooperaban en Europa, podían irse al infierno». La actitud belicosa de Truman se atribuye a dos causas. Una es la preponderancia que tomó en aquel momento Winston Churchill. El «premier» británico se había aliado con la U. R. S. S. como quien «se alía con el demonio», según su propia frase. Era enemigo del Estado soviético desde el momento de la revolución, en 1917, y toda su política exterior en Europa conducía, desde entonces, al cerco de Rusia. Si las circunstancias hubiesen sido otras, si hubiese sido dueño de los destinos del mundo, Churchill hubiera preferido una alianza de Gran Bretaña y Francia con Italia y Alemania, para destruir y cambiar el régimen comunista en la U. R. S. S. Esperaba poder hacerlo al terminar la guerra. Pero chocaba con Roosevelt.

El Presidente de los Estados Unidos tenía una visión muy escueta, muy sencilla, de la situación mundial. A punto ya de la victoria —el día que murió, los aliados estaban ya a noventa kilómetros de Berlín—, Roosevelt contaba con la existencia de sólo tres potencias importantes en el mundo, que eran la U. R. S. S., Gran Bretaña y los Estados Unidos. La alianza de guerra podía continuar en una alianza de paz. Le parecía que la política antisoviética de Churchill era un simple truco para consolidar el imperio británico sin tener en cuenta los intereses del mundo. Para Roosevelt, Churchill no era excesivamente impresionante. Su propia carrera política, su larga historia, su personalidad y la fuerza del país que tenía detrás le parecían más importantes. Era Presidente desde 1932, después de haber sido secretario de Marina, había salvado al país de la gran catástrofe económica de la depresión, había introducido nuevos conceptos económicos —socilizantes: la intervención del Estado sobre la iniciativa privada de la empresa—, había intentado convencer al país de que saliera de su aislamiento y entrase de lleno en el mundo (sólo lo consi-

guió en 1941, después del ataque de Pearl Harbour). Sin la intervención americana, probablemente Europa entera habría sido anegada por Hitler, y Churchill no existiría, estaría en una mazmorra o en el exilio...

Pero con Truman, todo era distinto. Truman se dejaba fascinar por Churchill. Churchill contaría más tarde a Sulzberger, en 1956: «Truman no sabía nada de nada cuando tomó el poder, pero aprendió pronto. Fue una tragedia su ignorancia durante ese período inicial. Fue entonces cuando perdimos Europa Oriental. Podíamos haber tomado Praga, Berlín...». Pero «aprendió pronto», y lo aprendió de Churchill, el hombre que poco después, en la Universidad de Fulton, pronunciaría el discurso que daría origen a una de las frases de la guerra fría: «Sobre Europa ha caído un telón de acero...».

EL PRECURSOR DEL DOCTOR NO

La otra causa del cambio de Truman es la propia bomba atómica. El Presidente quedó fascinado por el enorme poder que recibía de repente, que no había sospechado siquiera durante sus tiempos de piano, bridge y «sandwiches» de queso con leche fría. Como en una novela de ciencia-ficción, el hombre tranquilo y sencillo se veía convertido de pronto en un «amo del mundo», en un precursor del doctor No.

Sobre este relámpago de iluminación había, naturalmente, otras razones. Truman había sido siempre conservador y antiliberal. Tenía o debía tener el complejo típico de vicepresidente con respecto a su Presidente —el mismo que luego jugaría en Johnson frente a la doctrina de Kennedy—. Y presionaba sobre él un poderoso «establishment» militar e industrial. Los militares —Eisenhower, que luego sería Presidente, a la cabeza—, no comprendían bien por qué, efectivamente, no habían tomado Berlín y Praga, no se habían extendido por la Europa Oriental cuando sus divisiones blindadas podían hacerlo fácilmente. La orden presidencial —Roosevelt cumplía lo acordado en Yalta— les había privado de cómodos laureles. No querían acep-



Truman estaba instalado en la Vicepresidencia con una especie de resignación tranquila. Consistía en no hacer nada. En organizar partidas de bridge para su esposa y promover la carrera de cantante de su hija Margaret; en fotografiarse tocando el piano el "Vals de Missouri" en ocasiones con Lauren Bacall sentada en el mismísimo piano... Pero cuando presidió por primera vez la reunión del gobierno, después de la muerte de Roosevelt, era otro hombre.

tar que hubiesen hecho la guerra en lo que les parecía el beneficio de otros, aunque para Roosevelt era en beneficio de una paz estable y larga, de un equilibrio mundial. Todo ello pesaba sobre Truman. En el país había mucha gente esperando la muerte de Roosevelt —el gran capital no le había perdonado del todo— para que cambiase la política del país. Truman debía ser un hombre fácil. Su nueva energía, su nueva personalidad se proyectaba precisamente en el sentido que le daban Churchill, los grupos de presión militares e industriales, su propio conservadurismo y la seguridad de la bomba atómica. Cuando recibió a Molotov, que le cumplimentaba por su elección, Truman le habló con tal dureza que el ministro soviético de Asuntos Exteriores dijo: «Nunca me habían hablado así en toda mi vida...». Truman le respondió: «Si no quiere usted que le hable así,

cumplan ustedes sus compromisos».

«MINIMIZAR EL PROBLEMA SOVIETICO»

Sulzberger —conservador rancio y duro de conceptos, generalmente— sostiene, sin embargo, que de no haber existido la hemorragia cerebral, Roosevelt habría actuado lo mismo que Truman lo hizo después. Sostiene esta tesis por la existencia de una nota de Roosevelt a Stalin acusándole de falta de confianza y falta de fe. Cita a Bohlen, quien relata que en sus últimos tiempos, Roosevelt estaba preocupado por la deterioración de las relaciones con la U. R. S. S., y sostiene que la guerra fría comenzó con la violación de los acuerdos de Yalta por parte de Stalin.

Sin embargo, el mismo día de su muerte, Roosevelt firmó una nota para Churchill que le presentó su secretario, William D. Hassett. Roosevelt estaba ya con la capa azul sobre los hombros, la señora Shoumatoff trabaja en su lienzo, al alcance de la mano del Presidente estaba la pitillera de la que, un instante después, tomaría su último cigarrillo. Antes había habido un cambio de notas frías, duras, entre los dos estadistas. Churchill había reprochado a Roosevelt favorecer a la U. R. S. S. en el reparto de votos en la O. N. U. y mantener una actitud prosoviética en la cuestión de Polonia. Le reprochaba no haber reaccionado ante lo que Churchill consideraba «una violación de los acuerdos de Yalta» por parte de Stalin. La respuesta de Roosevelt fue la de que no consideraba que hubiese tal violación y que los puntos de vista del «premier» británico no presentaban un interés inmediato. Churchill insistió, inundó de telegramas a Roosevelt, provocó una cuestión personal con Stalin... Daba una muestra de lo que se ha llamado «su carácter indomable». Finalmente, Roosevelt redactó una nota para Churchill: «Soy partidario de minimizar todo lo posible el problema soviético en su conjunto...». Fueron sus últimas palabras políticas. Tres horas después estaba muerto.

La guerra fría acababa de empezar.